

Hotel Muerte

Por

Sebastián Saldarriaga Trejos

***Free*editorial** 

La mujer jadeaba incesantemente. Gritos de placer habían comenzado a invadir la habitación del hotel a medida que el hombre la penetraba. Estaban tirados sobre la cama, cuerpos unidos por el placer y sudorosos por el constante ejercicio en el que se encontraban desde hacía unos diez minutos. El cuarto, apenas iluminado por una lámpara amarilla pegada a la pared, se convirtió en el escenario de una obra en la que las sombras danzaban de un lado a otro. Sin aguantar más el deseo que había reprimido desde que los vio entrar al hotel y sabiendo que estaban en una posición ideal, abrió la puerta camuflada que escondía un gran corredor entre las paredes y sigilosamente se escabulló detrás del hombre, sacó un gran cuchillo de cocina, se desvistió lentamente, y tapándole la boca con una mano, le rasgó el cuello en un solo movimiento con la otra. Lanzando el cadáver al piso con una velocidad impresionante, y antes de que la mujer notara la ausencia, se apoderó de ella desde atrás, jalándola de la cabellera, embadurnándose en el charco de sangre que se había formado en la cama.

La adrenalina los llenó, la pintura roja no les importó y si acaso, hizo más para que la excitación aumentara a cada momento. Estaban a punto de llegar al clímax. En un rápido movimiento de sus manos y caderas, volteó a la mujer para que ella lo viera. Necesitaba ver su rostro en el momento exacto en que ocurriera. La poca iluminación que provenía de la lámpara había creado tal efecto de sombras sobre la habitación que la mujer no pudo reconocer el rostro del hombre que se encontraba encima de ella. No le importó. Nunca se había sentido así y el hecho de considerar la identidad del personaje que le estaba dando tanta satisfacción hacía que aumentara su deseo aún más. Dejándose llevar por lo desconocido, el cuerpo de la dama comenzó a arquearse, sus manos empezaron a rasgar las sabanas ensangrentadas y sus gemidos se volvieron más intensos. En ese momento, antes de que desapareciera, la acuchilló entre las costillas, observando con detenimiento el brillo de sus ojos y cómo el último deleite de su boca desapareció en un silencioso suspiro.

Se levantó sobre la cama y miró su obra. No había sido suficiente. Había faltado algo. Algo que solo había alcanzado una vez con otra mujer y que perseguía desde entonces. Esta mujer nunca lo había amado. Lo notó en ese último instante en que el alma abandona el cuerpo, en ese pequeño segundo en el que ella se dio cuenta de lo que realmente estaba sucediendo. Vio su deseo de vivir, pudo sentir esa desesperación, ese instinto de lucha por la supervivencia que el ser humano demuestra siempre cuando sabe que va a morir. Estaba decepcionado. Había estado observando a esa mujer por varios días y una pequeña luz de esperanza se había encendido en su corazón al ver lo indiferente que era, lo maquiavélica que podía llegar a ser. Pero desafortunadamente, y como sucede a menudo, la muerte nos enseña nuestra

verdadera naturaleza. ¿Es por eso que derramó esa pequeña lágrima? ¿Por haberse dado cuenta de que había vivido en una falacia toda su vida? Tal vez, pero no tenía tiempo de ponderar esas cuestiones ahora.

Saltando de la cama, se dirigió hacia el baño y se duchó con agua caliente para quitarse las manchas rojizas que cubrían su piel. El trance que había sentido unos minutos atrás poco a poco se fue desvaneciendo y su consciencia retomó el sentido lógico que siempre lo había caracterizado. Lo detestaba. Odiaba encuadrarse en una categoría como si fuera un espécimen para exhibirse en un museo o en un laboratorio. Deseaba salir de ese marco, de esas cadenas que lo mantenían en un solo lugar. Quería inmortalizar ese eterno deseo que le había encandilado desde hacía muchos años. Desde ella, pero ¿cómo? La respuesta siempre lo había eludido, a pesar de que el método para alcanzar su apoteosis lo hubiera descubierto muy tempranamente.

Salió del baño, se vistió detenidamente y para cuando hubo terminado y echado una última mirada a su inacabada obra, tocó la puerta de la habitación tres veces. Inmediatamente, una joven con cabello negro liso y ojos oscuros como la noche, ataviada con un vestido de sirvienta blanco y negro, entró en la habitación con un carrito de limpieza. Se quedó mirando por un rato lo que tenía ante ella, dirigió su mirada a su jefe y le dijo:

—Señor, necesitare su ayuda con el hombre.

Sin más, ambos se dirigieron hacia el cadáver y, agarrándolo de las extremidades, lo levantaron y colocaron sobre la cama. Abandonando el quehacer a su joven empleada, él sacó un cigarrillo y un encendedor de sus bolsillos, se sentó en una silla que estaba en el extremo opuesto del cuarto y comenzó a fumar mientras veía con orgullo como su pequeña ayudante arreglaba el desorden en el que había incurrido nuevamente. Solo le tomó unos minutos cubrir los cadáveres con las sabanas y arrastrarlos hasta un costado de la silla en la que estaba sentado, para luego limpiar las paredes y el piso de la sangre que comenzaba a secarse. Se levantó de la silla e introduciendo una pequeña llave en un diminuto orificio en la pared, abrió una compuerta que dejaba entrever un hueco frío al que poca luz llegaba y que predecía el horrible destino que les esperaba a sus invitados.

La joven, sin esperar sus órdenes, se dispuso diligentemente a empujar los cadáveres por el hueco metálico que tenía ante ella. Tras ver desaparecer a través de la impenetrable oscuridad del conducto los cuerpos inamovibles de sus víctimas, los dos personajes cerraron con delicadeza la puertecilla y salieron de la habitación. Bajando por las escaleras a toda prisa llegaron al lobby del hotel en unos pocos minutos y, atravesando rápidamente el restaurante y el bar, se adentraron por la cocina hasta dar con una puerta de hierro, cuyo candado Holmes abrió con una llave dorada. Entraron al cuarto

donde mantenían las carnes congeladas y, sin mirar a su alrededor, continuaron a través de la habitación hacia el otro extremo en donde se encontraba otra puerta metálica mucho más difícil de ver, camuflada con el entorno y detrás de un estante de comida. Haciendo a un lado la estructura, Holmes extrajo de su bolsillo otra llave con la cual abrió la puerta, dejando ver unas escaleras que se dirigían hacia un oscuro sótano. Las bajaron con estrepitosa rapidez y se encontraron en un inmenso corredor que se dividía en otros corredores mucho más pequeños. Era un laberinto hecho de concreto, donde la luz no llegaba y la única forma de entrar y salir era conocer de memoria qué giros tomar. No les fue difícil llegar a su destino, después de todo había sido él quien había diseñado este lugar. Con sutileza abrió la puerta que daba al salón de sus torturas. Alzó su mano derecha para levantar el switch que estaba a un costado para así iluminar la habitación de par en par. El espectáculo era impresionante.

Después de un largo trecho, la cerámica reemplazaba el piso de tierra que conformaba la primera parte de la cámara. En ésta, además de la mesa de mármol que se encontraba en el medio, había una decena de cubetas hechas con una aleación entre acero y cromo que decoraban las paredes; esta aleación le daba al acero una mayor resistencia a los ácidos. Todas las cubetas estaban conectadas por medio de un conducto que atravesaba el techo. Al final, y casi como en un rincón escondido, se podía vislumbrar de entre las sombras una prensa giratoria que servía para triturar los huesos de sus víctimas. Poco la había utilizado en los últimos años. Después de todo siempre había preferido formas mucho más “hermosas” de alcanzar su trascendencia.

Holmes dirigió sus pasos hacia una de las cubetas. La parte frontal de éstas era de vidrio reforzado y dejaba ver el interior. El cadáver de un hombre yacía patéticamente debido a la impredecible caída que había tenido. Alcanzando una palanca que se ubicaba entre las cubetas, la jaló tranquilamente, retrocediendo unos pasos al tiempo que un estruendoso ruido retumbaba a través de las paredes. Una pequeña luz verde se encendió en el techo justo encima de la estructura y un sonido efusivo comenzó a salir de uno de los conductos. De inmediato, la cubeta comenzó a llenarse de un líquido transparente que soltó una nube de gas en el instante que tocó el cadáver. Éste se fue disolviendo con lentitud en el ácido sulfúrico que había entrado en la cubeta. En menos de cinco minutos el cilindro metálico estaba lleno y el cuerpo había desaparecido en un mar que se había teñido de rojo y negro.

Mientras veía el proceso de descomposición, su joven ayudante había sacado el cadáver de la mujer, lo había arrastrado hasta la mesa y con cierta dificultad lo había colocado sobre ella. Holmes tiró de otra palanca que estaba debajo de la primera para así deshacerse de los residuos y mientras el gorgoteo del agua descompuesta llegaba a sus oídos, fue preparando las toallas y el vestido. Para cuando se acercó al cadáver de la mujer todo estaba listo y, sin

demora alguna, agarró una de las toallas mojadas y empezó a limpiar con delicadeza el cuerpo. No dejó ni un solo centímetro sin limpiar y con cada uno que pasaba y repasaba, su mente se iba. La acción era tan mecánica y tan habitual que constantes imágenes se iban filtrando ante sus ojos. Comenzaba a ver cosas que no había visto en años: recuerdos de como escapó de su casa, ubicada en New Hampshire, y de la hermosa joven que conoció en la estación de trenes. Pero especialmente siempre volvía a esa noche en que se dio cuenta de su verdadera naturaleza, de su verdadero destino; esa noche en que asesinó por primera vez.

**

No podía ser un asesinato cualquiera. Tenía que ser especial. Siempre el primero lo tiene que ser. ¿Por qué? Porque es el que libera nuestra alma. Y no a cualquier persona se le puede dar ese honor. Por eso decidió que su primera esposa tendría esa mención honorífica; después de todo, había sido y siempre sería su segundo amor. Adrienne había sido su nombre. Provenía de una familia adinerada de Michigan que había costeado los estudios de medicina de Holmes en la universidad estatal, debido a su prometedora carrera como doctor. Fue durante estos años que comenzó a tener una increíble fascinación con la muerte. Cada día esperaba ansioso por jugar con sus utensilios y abrir cada cuerpo que ponían ante él. Pero esto no duró. Se dio cuenta de que penetrar en los confines de algo que ya estaba muerto no tenía sentido. Necesitaba algo más primitivo, más puro. Se dejó llevar por sus deseos y comenzó a experimentar con animales. Cada día rebosaba de excitación con solo escuchar los alaridos de dolor que perros y gatos dejaban escapar, siempre con la intención de buscar ayuda. Sin embargo, al poco tiempo vio con desdén cómo los ojos y el comportamiento de cada animal que torturaba se repetía una y otra vez como si fuera algo inherente a estos seres. Entendió entonces que lo que quería no era algo totalmente primitivo y lo que buscaba en realidad era la pureza del alma humana. No podía hacerlo con animales. Ninguno poseía el razonamiento crítico y lógico del hombre. Tenía que ver la trascendencia del ser. Y para eso, el humano era el espécimen que necesitaba.

Comenzó con vagabundos que encontraba debajo de los puentes y que convencía con dinero o con botellas de alcohol. Al principio las experiencias fueron alucinantes y el flujo de adrenalina que sintió por entonces no tenía comparación alguna. Aun así, siempre le faltó algo. Nunca pudo llegar a comprender bien el sentimiento, pero de alguna forma sabía que faltaba una pieza y que ese éxtasis podía ser mejorado. Fue así como empezó a ponderar la idea del resultado que le podía otorgar el iniciar un proceso así con un ser al que él realmente amaba. ¿Acaso la sensación sería superior? ¿Alcanzaría a ver el rostro de la divinidad de esta forma? Posiblemente. Faltaba comprobar su hipótesis.

Finalmente lo pudo hacer una noche en la que se solazaron juntos con la excusa que siempre atormentaba a unos jóvenes recién casados: los hijos. Sin embargo, el experimento terminó siendo prácticamente un fracaso. En el momento de la verdad, justo en ese instante en el que la atravesó con un cuchillo, pudo ver como su mirada de desesperación y de confusión rápidamente se transformaba en una mirada de desdén, incluso hasta de pesar por el hombre que la estaba asesinando. Asqueado por la inminente verdad que transpiró entre ellos, recogió el cadáver y lo lanzó al río en la mitad de la noche. Al día siguiente pidió a la policía que declararan a su esposa como una persona extraviada para así no levantar sospechas de su repentina desaparición, con la obvia excusa de que no había llegado la noche anterior. Una semana después del suceso, encontraron el cadáver de Adrienne a unos kilómetros más abajo de donde él lo había dejado. Unas cuantas lágrimas aquí y allá, unos cuantos comentarios nihilistas sobre cómo su vida no tenía sentido sin ella, convenció a sus vecinos y a la policía de que realmente no tenía nada que ver con el asunto. No es que sospecharan de él, pero lo hizo de todos modos.

Transcurrieron algunas semanas antes de que pudiera sacar todo el dinero que le había pertenecido a ella y cuando ya lo tenía todo preparado, abandonó Michigan en busca de un nuevo amor que le permitiera alcanzar esas alturas que tanto anhelaba. En el camino a Nueva York conoció a una joven y hermosa viuda llamada Marie, quien había heredado una cadena de hostales cuando su esposo murió. Fue seducido por la honestidad e inocencia de la mujer, quien lo acogió en su mansión después de haber escuchado su trágica historia. Durante los meses que pasó con ella, administró de buena forma los hostales, dándose cuenta de habilidades que no sabía que tenía. Pasaron hermosos días juntos asistiendo a bailes y fiestas. Sin embargo, la monotonía comenzó a apoderarse de la relación y un fastidio innegable se había infiltrado sigilosamente en su cabeza. Siempre mantuvo al margen su imperdurable deseo, pero con cada día que pasaba y con cada nueva víctima, notó con gran cómo su hipótesis cobraba fuerza: el amor era imprescindible.

¿Pero qué tipo de amor? Ésta fue la pregunta que se hizo cuando finalmente llevó a cabo su empresa con Marie. Casi había alcanzado la transformación pero sintió con angustia que solo había llegado al mismo punto que con Adrienne, y eso que no había vislumbrado ningún tipo de desprecio por parte de Marie. Lo que vio en sus ojos fue solamente una tristeza vacía y sin sentido, dándole a entender que su versión del amor era diferente al de los demás. Por lo menos al de Adrienne y al de Marie. Enterró a esta última en el patio trasero del hostel y convenció a los pocos curiosos que habían preguntado sobre el paradero de su esposa de que ambos habían tomado la arriesgada pero, de alguna forma, sabia decisión de probar suerte en Nueva York y que ella se había adelantado en el camino, dejándolo a él para ultimar

los detalles de la venta del negocio familiar.

Con una nueva vista en el horizonte llegó a la ajetreada ciudad, y mientras caminaba por sus estrechas calles en busca de un lugar donde quedarse notó con delirio los horrendos olores que hostigaban las fosas nasales de todo nuevo visitante. Al final del día se hospedó en un hotel barato cerca del puerto donde fue alegremente recibido por una hermosa y joven mujer de cabellos rubios que hacía de recepcionista y de mucama. En el camino hacia su habitación la joven dama no cesó de entablar conversación con él aunque, para ser sincero, fue más una especie de monólogo sobre su vida y de cómo había terminado trabajando en este establecimiento. En resumen, y según la conclusión a la que llegó Holmes, Samantha estaba tratando de rehacer su vida que hasta hace poco tiempo solo había sido una absurda mezcla de opio y sexo por la que las altas esferas políticas de la ciudad estaban más que dispuestas a pagar.

Durante los días siguientes, y en un furor de empatía que lo envolvió al ver la inútil lucha de esta joven, trató de ayudarla con sus conocimientos de hotelería que había adquirido con el fin de, por lo menos, hacerle ver que sus esfuerzos valían la pena. A los pocos meses y en un extraño acontecer que cualquier insulso despistado llamaría por el ridículo nombre de coincidencia, se confesaron un amor mutuo que había estado gestándose desde el momento en que se miraron a los ojos. Su relación no estuvo escasa de contratiempos, especialmente debidos al hombre que la había contratado y que, tristemente, había sido también cliente de ella años atrás. Pero eso lo hacía aún más excitante. Y cada lucha, cada momento de desesperación que vivían juntos hacía que la locura del amor tomara un sentido más allá del que hubiera podido imaginar. Cada caricia, cada abrazo, cada beso y cada jadeo de placer era una apuesta contra la vida misma que se cernía sobre ellos y que anunciaba su caída en cualquier momento si se le tentaba demasiado.

Inútilmente habían luchado, ya que ese día llegó súbitamente; y no por el otro hombre, ni por ella, sino por él. Fue un pensamiento sublime que lo acongojó una noche en la que habían compartido habitación y cama. Con cada día que pasaba después de eso, el pensamiento se volvía más complejo y frecuente. ¿Acaso el amor que sentían era debido a la excitación y la atracción que significaba un amor que no tenía futuro? ¿Un amor que solo se nutría de los obstáculos y pesares que vivían en el día a día? Había tratado de ahogarlos con el trabajo que le supuso el fundar un hospital en la zona. No pudo. No se podía amar de solo eso y mucho menos se podía vivir de esa manera. Poco a poco comenzó a albergar esos pensamientos y a medida que pasaban los días se iba notando más su deseo de vivir algunos momentos de paz, donde gente extraña no se entrometiera y lanzara más leña a un fuego que advertía con salirse de control. Tenía que poner fin a esas voces y a un amor justo en la

cúspide, justo en ese punto donde todavía podía llamársele amor.

Aun así, con cada nueva cuchillada que le daba a su voluptuoso cuerpo vio que varias lágrimas caían de sus ojos color café, iluminándolos de tal forma que pudo finalmente descubrir lo que escondían sus bellas facciones. No le sorprendió saber que ella misma había estado pasando por las mismas dudas y que, eventualmente, iba a sucumbir a los pecados de su pasado, esperando a que la tierra desapareciera mientras ella volaba en una nube de placer y drogas. La lucha había sido inútil. Pero para él, haber observado con detenimiento y con pesar el cadáver, le dio fuerzas para seguir buscando ese sentimiento que había vivido hace tantos años cuando vio a esa mujer de cabellos oscuros en la estación de trenes de New Hampshire.

No le fue difícil culpar del crimen al hombre que la había contratado, ya que éste se pasaba por el hotel de vez en cuando. Solo se había encargado, en una artimaña sencilla, de hacer saber que no estaría justamente esa noche con Samantha por una visita que haría a unos amigos. A medianoche se cercioró de pasar inadvertidamente por la puerta de atrás de la cocina del hotel y sorprendió a su amada, diciéndole que su reunión había terminado antes de lo esperado. El entrar sigilosamente a la oficina del hombre para plantar el cuchillo ensangrentado allí fue complicado debido a la oscuridad de la noche, pero una vez que sus ojos se acostumbraron a ésta, pudo ver con gran satisfacción en su corazón que este horrible personaje se había quedado dormido sobre su escritorio. Por poco había cometido un grave error al asumir que el despreciable ser se había ido a su casa. Unas horas después, con los primeros rayos del sol que salían desde el océano, el hombre fue detenido y empujado con desdén fuera de la oficina, vistiendo una camisa blanca manchada de un rojo intenso.

Dos semanas después, se había puesto de nuevo en camino. Su meta esta vez era la ciudad de Chicago, donde esperaba construir un hotel que sirviera para sus fines. Había llegado a la conclusión que su método de encontrar el amor de una forma tan lenta y con tanto tiempo invertido era la incorrecta. Decidió acelerar el proceso, catalizándolo de una forma que el resultado último fuera perfecto. La Exposición Universal, que iba hacerse en esta ciudad, era primordial para su plan. Le acompañaba entonces ya la joven de cabello liso y ojos negros que tan diligentemente le ayudaría a movilizar cadáveres alrededor del hotel. Le había salvado la vida en Nueva York tras encontrarla casi muerta en la calle. Se había quedado parado, mirándola con curiosidad, y ella giró su pequeña cabeza y le lanzó una mirada llena de dolor y muerte. Después de rescatarla, la joven lo siguió prácticamente a todos lados, y comenzó a enseñarle su oficio para así convertirla en su asistente.

En los días siguientes de su llegada a Chicago conoció a una hermosa y sensual dama llamada Stephanie, en uno de esos encuentros de jóvenes

millonarios que servían solo, en su opinión, para ahogarse en su propia complacencia. Lo que le sorprendió de esta mujer era que ella compartía el mismo desprecio por ese tipo de hipocresía. Su atracción fue inmediata, pero solo unos meses después que decidieron comenzar una relación formal. Al igual que Adrienne, Stephanie invirtió en la carrera médica de Holmes, y solo hasta que éste adquirió la titularidad de una farmacia en Englewood, aceptó casarse con él. Sin embargo, la suntuosidad de la vida en que vivía su nueva amada pronto comenzó a pesar sobre sus hombros, trayéndole recuerdos del pasado que había vivido con su primera esposa; y así, su corto matrimonio comenzó a convertirse en una de esas mismas falacias que con gran ahínco había despreciado a su llegada a la ciudad. Con el tiempo, y bajo el reflejo de los ojos de su pequeña y fiel compañera, vio con terror cómo la hipocresía se le estaba aferrando al cuerpo.

Pero ella se le adelantó, y en una noche tranquila, con un tono condescendiente, le planteó la idea de un divorcio rápido e indoloro. Él sintió su orgullo herido. Recordó por momentos cómo durante todo ese tiempo lo habían mirado por debajo del hombro como si no fuera más que un perro. Stephanie había comenzado a mirarlo también de esa forma y su separación era solo el reflejo de ese pensamiento de superioridad que se había apoderado de ella. Con rabia y con deseos de venganza, retomó de nuevo su antiguo plan de construir un hotel. Convenció a su esposa para que invirtiera en su proyecto semanas antes de que firmaran los papeles del divorcio y, aprovechándose de la ingenuidad en la que los hombres caen al ver tan cerca la victoria, la sedujo con dulces palabras que prometían placeres obtenidos solo en una última noche juntos. Fue la primera vez que destrozó el cuerpo de alguien con el solo fin de asesinar.

Fue fácil deshacerse de la evidencia. Llevando a su esposa envuelta en las ensangrentadas sábanas a altas horas de la noche, se introdujo en la farmacia de la que era dueño y preparó la bañera que estaba al fondo del edificio con un plástico específico. En ella puso el cadáver con cuidado, todavía vistiendo sus ropas ensangrentadas, e inmediatamente se dirigió al pequeño laboratorio contiguo donde, mezclando con meticulosidad varias sustancias, produjo un fuerte ácido en cantidades suficientes para llenar la bañera. Lentamente caminó hacia el baño cargando el primer contenedor. Tuvo que hacer el viaje al menos otras tres veces. Así, en menos de media hora su esposa había desaparecido por completo entre extraños vapores, dejando un fuerte olor a azufre, y la bañera seguía intacta gracias al plástico que había aplicado con anterioridad. Tras una hora de limpieza exhaustiva, dejó todo como lo había encontrado y volvió a su casa. Entró por la puerta de atrás, subió hasta su habitación, se duchó, se vistió y salió nuevamente hacia la farmacia para abrirla al público y comenzar así un nuevo día.

La “desaparición” de su esposa había dejado trastornada a su familia. Gracias al testimonio de varios sirvientes, quienes lo vieron salir inusualmente temprano esa mañana, la policía lo arrestó para interrogarlo sobre el extraño episodio. Todos los habían visto juntos esa noche y fue probablemente él quien vio por última vez a Stephanie con vida. Estaba seguro que la policía creía que él era el culpable, pero sin un cadáver y sin ninguna otra prueba contundente más allá del testimonio de unos sirvientes recién levantados, la investigación tuvo que suspenderse. Ante las sospechas de casi todos que lo rodeaban, necesitaba ahora más que nunca llevar a cabo los planos de su hotel al detalle. Inició la construcción dos meses después de su arresto.

El sótano fue lo primero que finalizó, utilizando como excusa ampliar su negocio farmacéutico. Utilizó el mismo pretexto para obtener los grandes contenedores que decorarían este futuro y oscuro lugar. La instalación del incinerador resultó ser más problemática, pero gracias a unos sobornos aquí y allá logró su cometido. Contrató a una empresa diferente para hacerlo a prueba de sonido, y cuando estuvo finalmente listo, inició negociaciones con otra empresa para comenzar las bases del hotel, insistiendo tajantemente en que usaran su diseño. Para no levantar sospechas de los constructores y especialmente de los capataces, evitaba pagar los servicios para que de esta forma dejaran el trabajo a medio terminar. Repitió el mismo proceso varias veces con diferentes compañías. Fue sumamente tedioso pero necesario para así esconder los pequeños corredores que recorrían el edificio de arriba abajo por detrás de cada muro y alcoba, al igual que los conductos metálicos que construyó para movilizar los cadáveres al sótano. Eso sin contar con las innumerables puertas escondidas de las que solo él y su fiel compañera tenían conocimiento. Instaló también una tubería de gas que conectaba con cada habitación si en algún momento deseaba asfixiar a sus “amadas”.

Lo más dificultoso de todo fue la instalación de un sistema eléctrico en cada uno de los pisos del hotel que, conectado a un panel de control ubicado en su oficina, le permitía verificar con cierto grado de exactitud los movimientos de sus visitantes. Había construido también cámaras especiales que incluían varios métodos de tortura, como una prensa giratoria o una silla eléctrica que él mismo construyó después de seguir con avidez la historia de William Kemmler. Solo llegó a utilizar estas máquinas con aquellas mujeres que no consideró dignas de su “amor”. Tal deseo de asesinar sin un propósito más que ése se lo había inculcado Stephanie. Trataba de que las desapariciones fueran esporádicas, y así evitar el escrutinio público. Sin embargo, quería generar una imagen desconcertante sobre su carácter y personalidad. Quería crear una infamia alrededor de sí mismo de tal magnitud que esperaba que fuera tergiversada y sacada de proporción a través de los años. Quería ser un mito.

Finalmente, el último ladrillo del hotel fue puesto en 1892, un año antes de que empezara la Exposición. La treta era sencilla. Gracias a la increíble publicidad por parte de la alcaldía de Chicago y de la gobernación de Illinois, se esperaba que la cantidad de personas provenientes de todas partes de la nación y de fuera de ésta, constituyeran un flujo constante cada día que durara hasta la finalización de la Exposición. Sus elegidas tendrían que ser mujeres jóvenes, adineradas y provenientes de lugares lejanos. Pero más que todo, que hubieran viajado solas. Después de todo, no se podía dejar ningún cabo suelto, especialmente proveniente de familiares, amigos o amantes.

El primer año fue lento, llegando incluso al punto que pasaba meses sin conocer a dama alguna. Pero las pocas mujeres que determinó dignas de su presencia resultaron quebradas o con carencias que profundizaron en él la desesperación por encontrar a esa mujer que lo devolviera al éxtasis que había sentido hacia tantos años atrás con ella. A medida que se acercaba la Exposición, el miedo de no encontrar a tal espécimen se fue apoderando de él. No se podía permitir fracasar en esto. Había dedicado mucho tiempo, había sacrificado demasiado como para que todo terminara en un inútil y rotundo fracaso. Hasta que pocos días antes de la Exposición pudo socavar los esfuerzos de esa impaciencia que poco a poco se le había ido introduciendo en su mente. La hermosa joven que tenía enfrente hoy.

**

—Señor Holmes, ya está todo listo.

La voz de su ayudante le devolvió al presente. Deslizándose con cuidado sus brazos por debajo del cuerpo de la mujer, Holmes la cargó con facilidad hacia el pedazo de tierra desnuda del sótano. A través de ella se podían ver montículos alineados uno al lado del otro. Eran veintiséis en total. Al costado del último, sin embargo, un hueco había sido cavado de excelente forma y sin perder ni un segundo más, colocó el cadáver dentro de éste. Se levantó agarrando una pala y, junto con su fiel compañera, crearon una nueva protuberancia en la tierra virgen, consagrando así su más reciente fracaso. Al terminar se quedaron contemplando su obra sin decir palabra alguna por unos minutos. Finalmente, fue la joven quien de nuevo lo sacó de su trance.

—Señor, ya está pronto a amanecer. Necesitamos hacer las preparaciones para el día — dijo sin levantar su mirada y con cierta frialdad.

— Y para esta noche — dijo Holmes, dejando la pala contra la pared y dirigiéndose a la puerta del sótano. Cerraron la habitación con gran cuidado e inmediatamente se dirigieron al lobby del hotel. Una vez allí, Holmes repasó las reservas de esa noche en la recepción. — Prepara todo en la habitación para esta noche. No te preocupes de la cocina y del restaurante. Yo me encargaré.

Sin embargo, la joven no se había movido un solo centímetro desde que le dio su orden. Nunca había sucedido algo así. La miró con detenimiento. Al ver que no podía discernir qué estaba pasando por la cabeza de su compañera, Holmes decidió romper el silencio.

—¿Acaso no escuchaste mi orden? ¿No la entendiste? — preguntó con tono condescendiente.

—Sí entendí, señor — dijo mirando con culpabilidad el suelo a sus pies.

—¿Qué sucede? Esto es inusual en ti — dijo Holmes, acercándose a ella.

—Es solo que... no quiero que se decepcione —dijo la chica sin más. Sus palabras lo dejaron pensando por un momento. No hablaba de ella misma.

—¿Te refieres a lo que pueda llegar a suceder con ella? — preguntó, con un poco de rabia en su voz.

—Sí, señor — dijo avergonzada, pero de alguna forma también calmada. — Solo quiero que tenga en cuenta que puede estar dentro de las posibilidades.

—Sé muy bien cuáles son las posibilidades, pequeña, y sé muy bien cuál es el riesgo en el que me estoy metiendo con el solo hecho de considerar lo que pretendo hacer hoy — dijo con calma y mirándole a los ojos. Se dio cuenta en ese instante de que la chica había crecido unos centímetros en el último año. En poco tiempo se convertiría en una despampanante mujer, y le resultó triste no disponer de tanto tiempo.

La joven le devolvió la mirada, manteniéndola por unos segundos como si lo estuviera analizando y al final, aparentemente después de haber llegado a una conclusión, le hizo una reverencia y salió de la recepción a hacer la tarea que le habían encomendado. Holmes hizo lo mismo, ordenando y observando cada pequeño detalle de los movimientos de sus trabajadores. Trató de apaciguar las tormentosas dudas que la conversación con su protegida le habían suscitado. Se mantuvo ocupado todo el día, saludando a los visitantes y recorriendo el edificio, pero le fue imposible sacarse de la cabeza las muchas posibilidades que se extendían a sus pies, y, sobre todo, el placentero y doloroso recuerdo de ella. La súbita aparición de esa mujer en Chicago, la que le había embargado el corazón desde que la vio parada en esa estación de trenes en New Hampshire cuando trataba de escapar de su abusivo hogar, le devolvió un mar de emociones que no sentía desde la última vez que habló con ella. Y ese día por fin la volvería a ver después de tanto tiempo. La reserva le había sorprendido pero excitado al mismo tiempo, ya que ésta le llegó por medio de una carta firmada por ella misma en la que describía con emoción el saber que estaban en la misma ciudad. Le advirtió, sin embargo, de que iría acompañada de un amigo que viajaba con la intención de invertir y ser socio de un negocio hotelero. Su amigo era adinerado y probablemente bien

conocido por la sociedad.

No le importó. Cuando finalizó la carta, ya había tomado una decisión. Sabía que iba a alcanzar su meta y no iba a permitir que un cualquiera le arrebatara su felicidad. Era muy egoísta de su parte. Tenía eso muy en cuenta. Pero ya estaba cansado de luchar y más que todo, de vagar de ciudad en ciudad. Deseaba ya terminar y deslizarse al infinito. Su fiel compañera no compartía del todo sus anhelos. Era comprensible. Después de todo, ¿acaso no somos seres que mitificamos todo aquello que no está a nuestro alcance? ¿Seres llenos de esperanza, con miedo a caer en la oscuridad que conlleva la decepción de un sueño no cumplido? La consideración la tenía presente y era algo que se le había cruzado por el cabeza varias veces después de haber recibido la carta. Aun así, tenía que llevar a cabo su plan y ver y sentir por sí mismo si ese platónico idilio que vivieron en el pasado podía finalmente ser traducido a la realidad.

A medida que pasaba el día tuvo que aceptar, sin embargo, que su deseo no solo estribaba en conseguir una liberación mental más allá del bien y del mal. Su hubris al principio fue de índole espiritual. Su mente, y gran parte de su corazón, trabajaba en esto día a día. Pero a medida que transcurría el tiempo, y con éste las mujeres, comenzó a sentir cómo su deseo de inmortalidad se transformaba en algo más simple, más mundano. Tal vez por eso, pensó Holmes, le había dado ciertas instrucciones específicas a su joven ayudante para así cerciorarse de que cuando finalizara su magnum opus, el estruendo fuera escuchado por todos. Podía alcanzar la gloria espiritual, pero su vanidad lo corrompía a seguir un camino donde la meta terrenal estuviera al alcance de su mano. El hecho de que solo hasta ahora hubiera aceptado tal bajeza en su carácter demostraba cómo había tratado de luchar contra eso. Usualmente era una persona excesivamente reservada que solo hablaba cuando la situación lo ameritaba. Tal vez era la tensión producida por lo que este día significaba para él. Sabía que esta noche cambiaría todo para bien o para mal. Cómo detestaba esas palabras. Tan encadenantes. Tan limitantes al verdadero poder de la voluntad. Lo que iba suceder esa noche no podía conceptualizarlo de tal forma. Era más que eso. Era amor verdadero y de éste, emanación de una gloria perpetua. O eso esperaba. La alternativa era el olvido, oscuro y frío, lleno de desesperación. ¿Perdería toda voluntad de vivir si fracasaba?

Tuvo que salir del hotel. Los pensamientos empezaron a embargarlo. Las paredes parecían sofocarlo y no pudo aguantar el ardor que sentía en su pecho. No era temor. Nunca lo había sentido y no lo sentía ahora. No sabía muy bien que era, pero sí que era lo suficientemente perturbador como para hacerlo salir del hotel. Necesitaba caminar y tomar aire. No había dudas en su corazón o en su mente sobre lo que tenía que hacer. Solo quería asegurarse de que lo estaba haciendo por las razones correctas. Y fue justo en ese momento, cuando ya

había caminado varias cuadras hacia el sur de la ciudad, que se dio cuenta de lo inútil que había sido su pensar. Que estuviera bien o mal no debería importarle. ¡Que inoportuno reflexionar había sido éste! Había perdido tiempopreciado en despreciables silogismos sobre un tema que no le generaba utilidad alguna. Enojado consigo mismo por dejarse sentir y actuar de esa forma, Holmes devolvió su caminar en dirección al hotel, plagando su mente con intenciones verdaderas y priorizando su pensar en cosas útiles. Al regresar se aseguró de que todo estuviera a punto y en su lugar, esquivando clientes y subordinados mientras lo hacía.

**

La noche llegó por fin y, a las nueve exactas, una mujer de cabellos negros rizados, de piel blanca como la nieve y lindas pecas en el rostro, ataviada de un largo vestido hourglass negro rojizo, atravesó el umbral del hotel agarrada del brazo de un hombre un poco más alto que ella, cabello negro recortado, una barba ordenada y vestido como un gentleman. A Holmes el corazón se le apretó en el pecho pero, superando su rabia momentánea, alcanzó a esbozar una falsa sonrisa cuando ambos personajes se acercaron a él. Al verlo, la mujer caminó hacia él sonriendo y lo abrazó con fuerza. Disimuladamente, él pudo oler su cabello y su pequeño cuello. Era tal y como la recordaba, pero la dicha del abrazo duró poco.

—Eloise, estas hermosa como siempre — dijo Holmes, con un tinte de tristeza en su voz.

—Y tú no has cambiado nada. Siempre sabes qué decir — dijo la mujer a través de sus carnosos y rojos labios. — Te presento a mi acompañante, el señor George Peterson.

—Encantado — dijo Holmes, tendiendo su mano hacia el hombre.

—Igualmente, señor Holmes — respondió el hombre, apretando con fuerza su mano.

—Entiendo, según lo relatado por Eloise en su carta de reserva, que está buscando una entrada en el negocio hotelero de la ciudad, señor Peterson — inquirió Holmes, quitando con cierta rapidez su mano del apretón.

—Por favor, llámeme George — dijo alegremente el hombre. — Y si, está usted en lo cierto, pero ¿no cree que deberíamos mejor hablar de esto mientras cenamos?

—Me parece una gran idea — dijo coquetamente Eloise.

—Muy bien. Por favor, síganme — respondió Holmes, mientras dirigía sus pasos al restaurante del hotel.

Después de haber entrado y de haberse sentado en una mesa ubicada cerca

de una ventana que daba hacia la calle, Holmes ordenó la comida más exquisita que se podía preparar en su hotel, junto con el vino más caro. Platicaron largamente mientras esperaban. Cuando llegó la comida continuaron con los negocios y Holmes comió mecánicamente, apenas saboreando la carne. Trató durante toda la velada de no coincidir con los ojos de la mujer, pero pudo notar con su vista periférica que ella no le quitaba la vista de encima. El peso de su mirada lo intranquilizó y las pocas veces que la miró a los ojos, ella estaba ahí, observándolo con curiosidad y detenimiento. Solo pudo sonreírle con nerviosismo. Al terminar de cenar, Holmes convenció al hombre de que pasara una noche en su mejor habitación. De igual manera, Peterson convenció a Eloise de que pasaran la noche juntos. Ella, mientras miraba a Holmes, aceptó.

Cuando llegaron al último piso del hotel, su joven ayudante los estaba esperando a la entrada de la habitación. Hizo una reverencia al verlos y, en un movimiento rápido, abrió la puerta con una pequeña llave. Holmes esperó a que sus invitados entraran para ordenarle a la chica que trajera una botella de champagne. Luego entró y vio con felicidad cómo la iluminación había sido efectivamente cambiada junto con la fachada general del cuarto; las rojizas luces creaban una sensación macabra que se mezclaba a la perfección con la ahogante negritud de las paredes. El aire mismo se había transformado y su pesadez se hacía palpable.

—¿Qué le parece? — preguntó Holmes con una malévola sonrisa.

—Es impresionante. ¿Acaso todas las habitaciones son así? — preguntó el hombre con ansiedad.

—No, pero podríamos remodelarlas de esta forma si así lo desea — respondió Holmes con tranquilidad.

—¿La gente no se sentiría aterrada de solo entrar y observar algo así? — preguntó, detallando la esquina más alejada de la puerta.

—Posiblemente. Pero George, ¿no crees que es adictivo? — preguntó Eloise, sentándose en la cama. La pregunta sorprendió a Holmes. No pudo evitar sonreír en la oscuridad.

—Tienes razón. Por más que me siente deseoso de salir de este cuarto, no puedo imaginarme a mí mismo por fuera de estas cuatro paredes — dijo George caminando hacia ella y acariciándole el rostro con una mano. Un dolor punzante atravesó a Holmes en ese momento. Al tratar de ocultarlo vio como la mujer giraba su rostro hacia él y sonreía con cierta picardía que se dejaba ver en sus ojos. Le estaba provocando.

—Bueno, me alegro que sea de su agrado — dijo Holmes, dirigiéndose hacia la puerta. — Me retiraré. Mi sirvienta les traerá champagne. Si necesitan

algo más, por favor no duden en avisarme.

—Quédate con nosotros. por favor — le pidió Eloise, que se había levantado de la cama. — Por lo menos hasta que terminemos el champagne. ¿Hay que celebrar, no George?

—Sí, claro — respondió el hombre ingenuamente. — Estoy muy complacido con el hotel. Deberíamos celebrar nuestro acuerdo.-

—Como ustedes deseen — dijo Holmes lo más humildemente posible, haciendo una reverencia como las que hacía su pequeña amiga. Era la primera vez que lo hacía. Pero era necesario. Una extraña sonrisa de felicidad adornaba su rostro y no quería que se dieran cuenta. Cualquiera persona que hubiera visto tal expresión en sus labios diría que era la de un demonio y no la de un hombre. Por ahora, todo estaba saliendo como deseaba.

Un carrito adornado con un mantel blanco apareció en el umbral de la puerta. En él había tres botellas de champagne y tres copas de vidrio. Su joven ayudante agarró la bandeja metálica en la que estaba la botella y las copas, ingresó en la habitación y las puso sobre una mesa que estaba enfrente de la cama. Antes de marcharse, se detuvo en la puerta y miró a su jefe con ojos tristes y suplicantes. Holmes le sonrió lo más tiernamente posible, pero estaba decidido. Al entender esto y sabiendo lo que tenía que hacer, la joven salió de la habitación, cerrando con suavidad la puerta tras ella. Con cuidado, Holmes extrajo un cuchillo de debajo del carrito, se acercó a la mesa, agarró una botella y, en un movimiento veloz, la destapó quebrando solo una pequeña parte de la punta. Inmediatamente sirvió el licor en las copas y se las dio a sus respectivos dueños.

—Un brindis. Por esta nueva asociación — dijo el hombre alzando su copa.

—Y que dure hasta la eternidad — dijo Eloise alzando la suya.

—Por la eternidad — dijo Holmes.

Siguieron bebiendo, hablando y riendo, pero poco a poco Holmes se fue alejando de la pareja, al punto que simplemente los llegó a observar sentado en una silla en una esquina de la habitación. Debido a la inhibición provocada por el alcohol, y creyendo que estaban solos, sus dos invitados comenzaron a acercarse lentamente el uno al otro; se abrazaron fuertemente, se acariciaron y finalmente sus labios se encontraron. En un instante se habían lanzado sobre la cama, desnudándose con rapidez, deslizando sus manos a través del cuerpo del otro. Pronto, gemidos de placer comenzaron a invadir el ambiente. Holmes seguía observando con detenimiento, pacientemente esperando el momento oportuno. La señal provino de Eloise. Acostada sobre la cama, y girando su rostro que se había enrojecido por el calor, lo miró con intensidad, mordió sus labios y con un gesto de su mano lo invitó a participar. Sonriendo, Holmes se

levantó de la silla, se desnudó y sigilosamente caminó hacia el carrito. Hizo a un lado el mantel y observó con felicidad los diferentes instrumentos que había colocado su protegida de forma ordenada. Escogió el cortador de queso con dos agarradores al final del alambre, necesarios para tensar el filo.

El hombre nunca vio venir a Holmes por detrás de él que, en un rápido movimiento, rodeo el cuello de su adversario y jaló con fuerza del alambre. Sangre comenzó a correr a través de su pecho y en un desesperado intento, George alzó los brazos en búsqueda de la persona que había comenzado a estrangularlo. Sin embargo, ahogada en un ensangrentado mar de placer, Eloise agarró los brazos de su amante y lo atrajo hacia ella, rodeándolo también con sus piernas. Los ojos del hombre comenzaron a blanquearse y su rostro empezó a teñirse de púrpura al tratar inútilmente de respirar. Irónicamente, éste llegó a un punto de éxtasis sin igual. El límite entre la vida y la muerte eran una perfecta combinación si se incluía el sexo. Utilizando todo su peso corporal, Holmes hizo un último esfuerzo, sincronizando su movimiento con el de la mujer, y obligó al hombre a zafarse de ella, cortándole por completo el cuello.

La cabeza cayó al suelo mientras que el cuerpo, que supuraba sangre como una fuente, se deslizó a un lado de la cama. Sin perder tiempo, Holmes se lanzó sobre Eloise y la penetró con fuerza, empujando su hermoso cuerpo ensangrentado contra la cama, excitándose aún más con cada jadeo que salía de la boca de su amada. La intensidad del acto había convertido la habitación prácticamente en una sauna y la combinación de la iluminación roja con la pintura negra de la habitación los indujo pacientemente hacia una visión proveniente de otro mundo. El placer era casi divino, haciendo que su mente se perdiera en una extravagante luz que ardía y quemaba con una intensidad que poco a poco fue atravesando cada rincón de sus cuerpos. Con cada momento que pasaba, con cada penetración, con cada gemido, la luz se hacía más clara, más cercana a ellos. Era un fuego que se cernió sobre sus carnes, quemándolas, arrancándoles sus pieles, purificándolos. Cada centímetro que dirigían hacia las llamas se hacía más insoportable, pero al mismo tiempo más placentero. Cuando por fin llegaron hasta él, las flamas se apoderaron de su mortalidad, tornándose ellas mismas en un color oscuro viscoso, haciéndose a cada segundo más y más pequeñas hasta finalmente desaparecer.

La extraña visión terminó ahí. Para cuando Holmes recuperó los estribos, notó con felicidad como el cuerpo sin vida de Eloise había quedado bellamente expuesto sobre la cama, con los ojos cerrados y una delicada sonrisa que superaba con creces a la de la Mona Lisa. Era un cuadro espectacular. Era una obra maestra. El peso de su vida entera se había esfumado en un solo instante y una felicidad inalterable e imperecedera lo había embargado por completo. Había logrado su objetivo: la divinidad pura y

con ella, su propia inmortalidad. Soltó una carcajada endemoniada hacia los cielos y vio felizmente cómo su joven ayudante entraba con terror a la habitación. Ya nada más importaba. Ahora era un Dios.

Recomponiéndose de la visión que tenía ante sus ojos, la joven respiró profundamente y dijo lo más calmadamente que pudo:

—Señor Holmes, ya todo está preparado. Justo como usted lo indicó.

—¿Los cables fueron cortados a la perfección?

—Sí, según como usted lo ordenó — contestó ella, sin poder dejar de observar los cadáveres.

—Perfecto. No los toques. Déjalos así. Es mi obra maestra.

Holmes se dirigió a la ducha y en pocos minutos estaba de vuelta en la habitación. Se vistió con un nuevo traje que la joven le había procurado. Salieron del cuarto y cerraron la puerta bajo llave. El penetrante olor a gasolina invadió los sentidos olfativos de Holmes en el instante que salió al corredor. Se detuvieron al pie de las escaleras, y antes de bajar por éstas, Holmes sacó de forma dramática un cigarrillo y un encendedor del bolsillo. Saboreó la nicotina por unos segundos y luego lanzó el tabaco encendido hacia el corredor. Un infierno apocalíptico iluminó sus rostros, obligándolos a cubrirse con los brazos del calor incandescente que las llamaradas produjeron. Mientras bajaban escucharon los gritos apagados de la gente que salía de sus habitaciones aterrorizados ante la desesperación que los había sorprendido mientras dormían. Antes de llegar al lobby del hotel, Holmes y su joven amiga se mentalizaron para la impresionante actuación que tenían que realizar. Sabían muy bien que si no lograban convencer a su público, si no lograban llegar a los corazones inquietos de sus inquilinos, la producción artística que iniciaron hacía unos momentos se perdería en el olvido.

Mentalizados ya, corrieron ambos hacia el lobby. La joven se dirigió a recepción para telefonar a la estación de bomberos. Holmes ordenó al recepcionista que llamara a todo el personal hábil para avisar a todos los huéspedes de lo sucedido. El fuego, dijo Holmes, solo estaba atacando el último piso del hotel, pero de todas maneras era necesario tomar todas las precauciones posibles. En ese momento, una buena cantidad de personas descendieron apresuradas por las escaleras laterales. Algunas estaban en sus vestidos de noche, pero otros todavía estaban ataviados con sus trajes de gala; todos, sin embargo, tenían manchados de hollín tanto sus ropas como sus rostros. Eran los huéspedes del último piso que, por algún extraño milagro, habían podido atravesar los muros de fuego que los habían separado de la salvación. Aun así, no estaban todos. Holmes se sabía de memoria las personas que visitaban su hotel, en parte gracias a los corredores escondidos

detrás de las paredes que le permitían observar a cada uno de ellos. Él los contó mientras bajaban y sonrió con gran satisfacción al notar que solo la mitad se había salvado. Estaba dichoso de haber podido adornar el marco de su gran obra con horribles demonios y hermosos querubines, como si de un relieve medieval se tratara.

Escondió su sonrisa, transformando su rostro lo mejor que pudo en una mirada de puro temor e inútil desesperación. Al hablar con varios huéspedes que salían del hotel, en un vano intento por calmarlos (o al menos así vendió la idea), notó que estaba teniendo éxito. Alrededor de veinte minutos transcurrieron y una gran muchedumbre se agolpó en la calle enfrente del hotel. Holmes y la joven actuaron lo mejor que pudieron para hacer una transición sutil y natural de tranquilidad desesperada a rabia incontrolada dirigida a sus subordinados, en un falso intento por dar a entender lo que había sucedido. Era obvio que nadie sabía lo que había ocurrido, pero la actuación de ambos fue tal que ninguno de los huéspedes sospechó de un trabajo interno.

Mientras los bomberos actuaban, Holmes se quedó mirando la llamarada que salía rugiendo de las ventanas del último piso. Era perfecto. El fuego purificador del alma se mezcla invariablemente con el fuego imperfecto de lo material. Era el toque final, tal vez el único, que le podía dar a su obra. El fuego del infierno, mundano y horrible, tratando de llegar al cielo donde el fuego celestial y hermoso quemaba el alma del hombre. No podía pedir más. Solo quedaba una cosa por hacer. Esperaba moverse lo suficientemente rápido para sacarle el dinero a la aseguradora. No era para él, sino para su joven compañera. Se sentía responsable por ella. De alguna forma, y esto lo sorprendió, sentía un amor paternal hacia la mujer que tenía a su lado. Creyó que solo tenía amor para una mujer, pero gracias a la excitación producida por su reciente apoteosis se había dado cuenta de que el amor podía tomar muchas formas. En espíritu había logrado consagrar una familia, efímera sí, pero una familia que no se gobernaba por los convencionalismos de la época. Amó a Eloise con todo su ser, como ella lo amó a él. Y ahora solo quedaba su hija y, como buen padre, tenía la tarea de dejarle una buena cantidad de dinero para su supervivencia.

Cuando la policía llegó, dio su testimonio. Mantuvo su actuación a la perfección convenciendo a los oficiales que cerraban el área de que probablemente había sido un fallo eléctrico lo que provocó el incendio. La versión de su hija corroboró el discurso que les vendió. Sin embargo, el punch final a la escena que había producido fue cuando sus huéspedes se adjudicaron la idea como suya, obligando de esta forma a los agentes a llegar a una conclusión obvia pero inducida por una mente trastornada y por el pánico general del público. Fue solo entonces cuando Holmes pudo escabullirse entre la muchedumbre dejando a su joven hija como su representante ante las

autoridades. Ante cualquier cosa, ella estaba obligada a observar los procedimientos de los bomberos y avisarle de una posible eventualidad. Pero más que todo su tarea era, si preguntaban por él, decir que estaba buscando a su abogado. Lo que era cierto.

Holmes fue hasta la casa de su abogado para relatarle lo que había sucedido. El desgraciado todavía no tenía instalado un teléfono en su casa así que no pudo llamarlo. Pero por la misma naturaleza meticulosa de Holmes, éste prefirió ir directamente hasta allá y dejarle las cosas muy claras. Encontró al hombre medio borracho en su apartamento que mostraba señas claras de una fiesta que acababa de finalizar. Tuvo que arrastrarlo hasta la cocina para echarle agua encima y despertarlo. Esperó veinte minutos para poder explicarle la situación. Cualquiera pensaría por el estado de su apartamento o por su usual borrachera que el abogado de Holmes era tal vez el peor del Midwest estadounidense. Era todo lo contrario. Holmes se cercioró antes de contratarlo de que fuera el mejor. Y lo era. Su problema con el licor era lo único que lo mantenía viviendo en una pocilga. El borracho aceptó sin vacilación el fraude que su cliente le propuso; después de todo un hombre con sus aficiones no podía serlo sin una buena cantidad de dinero. Una vez Holmes vio que su abogado entendió el plan, se aseguró de que fuese a dormir de inmediato. Lo necesitaría a primera hora de la mañana, bien limpio y lucido. Aun así, vendría, porque no confiaba en que pudiera levantarse solo.

Al regresar a la escena de su crimen, Holmes vio con satisfacción cómo la gente había desaparecido poco a poco y solo quedaban en el lugar la mayoría de bomberos, algunos policías y su fiel ayudante, ahora hija. El hotel había sido desalojado por completo por miedo a que el último piso cediera ante la presión de las llamas y se llevara consigo los pisos inferiores. Sin embargo, uno de los bomberos le dijo, tratando de ser positivo delante de un dueño que lucía nervioso de perder su negocio, que habían evitado que el fuego se extendiera a otras partes del hotel, limitándolo solamente al último piso. El hombre esperó la respuesta de Holmes quien tuvo, de mala gana porque ya estaba cansado, que dar una última actuación para cerrar el telón de fondo de una obra que para él ya había terminado. Una vez el bombero dio su granito de arena para salvar su propia alma, Holmes y su hija encontraron hospedaje en otro hotel a unas cuantas cuadras del suyo. Extenuados, cayeron rendidos en sus respectivas camas.

El día siguiente transcurrió de forma tempestiva y finalizaría abruptamente. Al salir el sol, Holmes se dirigió al apartamento de su abogado. Prefirió dejar que su pequeña volviera al hotel para que observara todos los movimientos que podían hacer tanto los bomberos como los policías. No quería que estos insulsos indagaran mucho. Al llegar al edificio se sorprendió al ver que su abogado estaba saliendo de éste, bañado y completamente

vestido. Sin más preámbulos, caminaron juntos hasta el centro de la ciudad donde se encontraba la compañía eléctrica a la que pedirían una indemnización por los daños ocurridos la noche anterior. En la compañía dijeron que la obtendría, con la condición de que dejaran que sus hombres pudieran investigar lo sucedido. Tanto Holmes como su abogado trataron de dar los mejores argumentos para convencerles de lo contrario. Pero no hubo manera y lo único que pudieron hacer fue aceptar.

Esperaron media hora hasta que el equipo de investigación de la compañía estuvo listo, y se dirigieron al hotel. Holmes estaba furioso. Eso era normal, teniendo en cuenta la situación. Pero lo sorprendente fue darse cuenta de que tenía un poco de miedo. Un mal presentimiento lo envolvió desde que salieron del edificio de la compañía eléctrica. Miró a su abogado y notó que éste estaba tranquilo. Pero era obvio, él no sabía el secreto que se escondía detrás de las paredes del hotel. Su plan podría caerse con facilidad y todo gracias a un error suyo. Creyó que todo había terminado y se confió. Pero su apoteosis había sido completa... No, no lo había sido, pensó, su hija era lo único que le ataba a esa existencia. En ese instante observó con claridad que su hubris le había pasado factura. Era imposible imitar a Dios y mucho menos emularlo. En su desespero, Holmes decidió llevar a cabo el hilo de esta historia hasta sus últimas consecuencias.

Cuando llegaron al hotel, los hombres de la compañía se pusieron inmediatamente a trabajar. Su hija los observó aterrorizada, mirando a Holmes con nerviosismo. Trató de consolarla, pero para él era una acción inútil. La suerte estaba echada y había perdido. La investigación se desarrolló de forma diligente. Los agentes de la compañía se dieron cuenta a las pocas horas de que algo no estaba bien y pidieron la ayuda de los oficiales de policía. Poco después llegaron a la conclusión de que el fuego no había sido producido por un fallo eléctrico. Sin embargo, no pudieron establecer con exactitud qué lo había producido, gracias al excelente trabajo de los bomberos la noche anterior. Esto le dio a Holmes el tiempo que necesitaba, ya que los investigadores le pidieron a la policía que cerraran la zona para que ellos pudieran entrar durante los días siguientes y esclarecer el misterio. Los policías no se tomaron esto muy bien, siempre celosos de su jurisdicción y de la primacía que siempre tenían en estos casos, y les respondieron a los hombres de la compañía que debían obtener un permiso del alcalde para ello. Una discusión se inició entre las dos facciones. De inmediato, Holmes trató de mediar la situación. Gracias a sus dotes oratorias y su gran actuación, en pocos minutos pudo dispersar a los involucrados.

Una vez abandonaron el lugar, Holmes le recomendó a su abogado que se fuera de Chicago o, si podía, que negara cualquier participación en el fraude. El hombre asintió y no se dijeron nada más. Cogieron caminos separados

mientras Holmes y su hija volvían al hotel para recoger las pocas pertenencias que habían podido salvaguardar. Salieron de allí aprisa, caminando con urgencia hacia la estación de trenes que los llevaría fuera de la ciudad. Media hora después estaban comprando dos tiquetes a Texas. Su hija no había dicho una sola palabra en casi todo el día. Finalmente, tras muchos intentos y gracias a que la duda no la dejaba, la joven preguntó:

—¿Por qué Texas?

Holmes la miró.

Porque tengo que empezar de nuevo. Porque ahora mi meta eres tú, hija mía.

—Porque es el lugar más alejado de Chicago donde todavía hablan inglés.

Freeeditorial 